



Presentación.

Un mundo con buena onda

Cuando publiqué este libro por primera vez, en abril de 2013, me movía un propósito fundamental: alertar a las personas de los peligros de las radiaciones para su salud. Ese propósito se mantiene intacto. De hecho, sólo ha cambiado una cosa en estos tres años: ahora estoy todavía más convencido de la necesidad de tomar medidas para protegernos del impacto de las radiaciones, tanto de las naturales como de las artificiales, porque en este tiempo he visto a diario sus efectos en cientos de hogares. Y porque intuyo, viendo la realidad actual, que si no ponemos remedio podemos ser víctimas, en un futuro no muy lejano, de una auténtica epidemia.

Y es que hay un hecho indiscutible: estamos permanentemente rodeados de radiaciones. Es más: vivimos en una sopa cada vez más espesa de radiaciones naturales y artificiales cuyos efectos a largo plazo sobre las personas son una inquietante incógnita. Cuando hace una década, debido a una vivencia personal que más adelante te relataré, empecé a interesarme por el estudio de las ondas y su incidencia so-

bre la salud, apenas se sabía nada sobre esta cuestión. En aquel momento se empezaba a hablar, por ejemplo, de teléfonos inteligentes, y las tabletas y otros dispositivos eran todavía cosa de ciencia ficción. De hecho, el primer iPhone, para que te hagas una idea, apareció en 2008, y el primer iPad, en 2010, es decir, hace cuatro días (y ahora parece que siempre han estado ahí, ¿verdad?). Tampoco había tantas antenas de telefonía móvil ni rúters wifi como ahora, ni el planeta en su conjunto estaba tan tecnificado. En definitiva, muchas tecnologías que ahora nos parecen imprescindibles y que se han extendido por todo el mundo de una manera exponencial ni siquiera existían.

A esta «sopa de ondas» actual hay que añadir las radiaciones naturales, es decir, las que provienen del subsuelo y del cielo. Aunque siempre han existido, en los últimos tiempos no dejan de removerse y reactivarse por la acción incesante y cada vez más contundente del hombre sobre la Naturaleza. Las energías telúricas, por ejemplo, son unas grandes desconocidas. Pocas personas saben que están en el origen de muchas de las enfermedades que padecemos. A veces son sólo cefaleas recurrentes o cansancio crónico, pero otras veces se transforman en dolencias mucho más graves.

Falta, por tanto, conciencia sobre los riesgos que comporta vivir *empapados* de radiaciones, cuyo gran peligro es que son invisibles y actúan lentamente. Para explicar su efecto uso a veces la metáfora del tabaco, pues aunque inexacta es muy ilustrativa: si te fumas un cigarro de vez en cuando, es improbable que mueras a causa del tabaco, pero si te fumas un pa-

quete durante treinta o cuarenta años, y además tu cuerpo tiene cierta predisposición genética al cáncer de pulmón, tienes muchos números de padecerlo. Hay, por tanto, dos factores principales: la predisposición genética y el grado de exposición. No todo el mundo reacciona igual, y eso hace que algunas personas no acaben de prestar atención al fenómeno de las radiaciones y su efecto sobre la salud, o que lo relativicen. Pero hay un dato claro: en los países avanzados cada vez hay más personas que padecen electrosensibilidad, un nuevo síndrome que amenaza con convertirse en una verdadera epidemia, como te explicaré más adelante.

Un encuentro casual con el escritor, divulgador y ahora buen amigo Álex Rovira me dio el impulso para escribir sobre este tema y lanzarme a una labor de difusión y concienciación. Empecé con *La buena onda* (cuya versión revisada y ampliada tienes en las manos) y seguí con un segundo libro, publicado recientemente con el título de *Vivir en modo avión*. Y no voy a parar, pues siento que éste es mi propósito vital y mi modesta aportación a la mejora del mundo. Porque ¿acaso no queremos todos dejar un mundo mejor a nuestros hijos, un mundo con buenas ondas, un mundo, en definitiva, donde disfrutar de una buena vida? Yo sí, lo tengo claro.

Te invito a adentrarte en este conocimiento ancestral y actual que recibe el nombre de «geobiología», a informarte y a saber, para luego tomar tus propias decisiones.

Y te deseo una feliz y provechosa lectura.



Prólogo de Álex Rovira

Hace unos años alquilé una casa en un bonito pueblo alejado a un parque natural cercano a Barcelona. Con gran ilusión nos mudamos allí. La casa era rústica y muy agradable. Sus propietarios, no obstante, y por desgracia, estaban enfermos. Él sufría un cáncer en fase avanzada, a causa del cual pereció a los pocos meses de que nos instaláramos. Su mujer mostraba también un precario y muy delicado estado de salud, evidente a simple vista. Atribuí esta situación a la edad de ambos, que debían de tener, estimo, alrededor de ochenta años.

La cuestión es que una vez en mi nuevo hogar comencé un viaje hacia un empeoramiento claro y progresivo de mi salud. El insomnio se hizo crónico, mi fuerza y ánimo empezaron a debilitarse, y mi humor, por lo general elevado y siempre en buen estado, se resintió claramente. Me sentía agotado. Me resultaba imposible conciliar el sueño más de media hora seguida durante la noche. Dormía a pellizcos y me desvelaba con ansiedad. Sentía que había algo en mi cuerpo que no funcionaba, pero no sabía encontrar una causa clara a este males-

tar progresivo, en especial al insomnio pertinaz que me acompañaba, ya que mi estilo de vida, alimentación y hábitos eran sin duda saludables. Esta situación, repetida día tras día, iba drenando mis fuerzas y me angustiaba, pues no era capaz de encontrar el porqué de aquel marasmo progresivo.

Un día, tras un largo periplo por varios especialistas incapaces de dar con el origen de mi insomnio y mi agotamiento, me encontré por casualidad con un arquitecto afable y próximo, gran conversador y apasionado de su trabajo, al que había conocido tiempo atrás en una cena de trabajo. Su nombre era, es, Pere León. El día que lo conocí departimos un rato tras la cena y me habló sobre su oficio, que consistía en crear espacios donde se tenía en cuenta no sólo la estética y el confort, sino también la salud de las personas que los habitaban. Me habló de un concepto que me resultó muy curioso, la geobiología, y me comentó que estaba ahondando en el estudio de esta disciplina con resultados sorprendentes. A pesar de cierto escepticismo inicial por mi parte, la honestidad, el rigor y la coherencia que me transmitió Pere hicieron que intercambiáramos tarjetas profesionales.

Su lucidez y entusiasmo quedaron impresos en mi memoria, así que aquel domingo en que lo encontré de nuevo mientras ambos íbamos con nuestros hijos a comprar el periódico al quiosco del pueblo, lo reconocí, lo saludé y charlé un rato con él. Dio la casualidad de que tenía una casa en la montaña, a unos tres kilómetros de la mía. Recordé el primer encuentro y me vino a la cabeza la conversación que tuvimos entonces sobre la geobiología. Yo seguía con insomnio y malestar, a pesar

del peregrinaje por varios médicos que, tras hacerme numerosos análisis, no habían encontrado una causa clara a mi pertinaz malestar físico y mis desvelos nocturnos. Pensé entonces que aquel encuentro quizá no era tan casual, y pedí a Pere que echara un vistazo a mi nueva casa. Decidí también solicitar los servicios profesionales de otro geobiólogo para tener un segundo diagnóstico. De hecho, los convoqué en paralelo pero por separado. Mi sorpresa fue mayúscula cuando ambos me mostraron las mismas corrientes y líneas de fuerza sobre los planos de la casa. ¡Coincidían exactamente! El diagnóstico que los dos me hicieron, cada uno por su lado, fue también el mismo y concluyente: «Vete ya de esta casa. Es una “casa cáncer”». Recuerdo con nitidez que Pere añadió una pregunta-afirmación: «Alguno de los propietarios de esta casa tenía cáncer, ¿verdad?» Me dejó helado. Perplejo, respondí afirmativamente y le interpele por qué me hacía aquella pregunta. «Porque el grado de patología que tiene esta casa es altísimo. Es lo que en la jerga del sector llamamos una “casa cáncer”.»

Así fue. Tanto él como el otro profesional coincidieron en su pronóstico: «Debes dejar esta casa ya o el insomnio y el decaimiento a la larga se convertirán en una caída de tu sistema inmunitario, y con el paso del tiempo llegará algo peor».

No me lo pensé ni dos días. Al fin tenía una explicación que daba sentido a mis desvelos. Busqué una nueva casa de alquiler, dejé las paredes que alojaron mis insomnios y abatimientos y encontré otro hogar, al que previamente y de nuevo, para evitar más disgustos, sometí al diagnóstico tanto de Pere como del otro profesional. De nuevo, por separado, volvieron

a coincidir en todo: «En esta casa estarás bien». El lector descubrirá en las próximas páginas en qué consiste la geobiología, pero quiero adelantarle que no tiene nada de esotérico: es pura física, medible y cuantificable.

En mi nueva casa volví a descansar y a disfrutar de un sueño reparador, recuperé la energía física perdida y con ella el humor. Las cefaleas cesaron, los despertares nocturno súbitos desaparecieron y mi estado de ánimo y fuerza vital se recuperaron en menos de tres meses. Recuperé el sueño y la salud. Y además gané algo sumamente valioso: un gran amigo, una bella persona, un profesional excepcional: Pere León.

Pere es grande, literalmente. Y no me refiero sólo a su corpulencia o fuerte estructura física, que es evidente. Me refiero a la grandeza de su alma. Doy fe de ello. Es, además, un extraordinario profesional: riguroso, honesto, trabajador incansable, lúcido, amable y con un amor por su trabajo que da gusto ver y experimentar como cliente.

A raíz de mi experiencia, le animé a escribir un libro que despojara a su disciplina de todos los posibles prejuicios. Desde la ignorancia o la distancia puede interpretarse como algo banal, esotérico o metafísico, pero no hay nada de eso. Insisto: es pura física, medible, cuantificable, observable. El oficio de Pere y de otros profesionales rigurosos de esta disciplina cura, cambia vidas, salva vidas. A mí me la cambió, así que doy fe.

En las páginas siguientes, de un modo ameno, ilustrativo y metódico, Pere nos acompaña en un viaje que nos mostrará por qué nuestra salud depende del lugar en que vivimos, del latido de la tierra a través de las ondas electromagnéticas y de

las ondas que generan las actividades de telecomunicaciones humanas. Nos muestra, a través de casos que él mismo ha diagnosticado y resuelto, cómo se detecta y trata una geopatía y cuál es el camino que va del malestar o la enfermedad a la salud.

Es para mí una gran alegría poder prologar este libro a uno de mis mejores amigos. Sé que está escrito con la voluntad de ser útil, de aportar salud, de ayudar a quien sufre sin conocer la causa de su sufrimiento físico. Sé que Pere es un profesional vocacional al que no mueve el afán de lucro, sino, por encima de todo, la voluntad de servir. Y sé que a mí me cambió la vida. Nos devolvió el sueño reparador a mí y a mis hijos, y la salud, que es el bien máspreciado que tenemos en esta vida.

Por todos esos motivos, este libro que tienes en las manos, querido lector, tiene un gran valor. A ello hay que añadir la facilidad con que se lee, porque atrapa, ilustra y sorprende. Y el mérito no es menor, ya que no es nada fácil conseguirlo.

Buena suerte, Pere. Con tu trabajo propicias mucha buena vida a mucha buena gente, que te aprecia, reconoce y quiere. Por ello, era inevitable que este libro llevara por título aquello que tú creas con tu buen hacer y emites con tu presencia: ¡Buena Onda! No podía ser de otra manera.

Y a ti, querido lector, como siempre, con esta buena onda que nos ofrece Pere, te deseo feliz lectura, buena vida y, por supuesto, buena suerte.

ÁLEX ROVIRA



Lo hice y lo aprendí

Hay una famosa cita de Confucio que reza: «Me lo explicaron y lo olvidé; lo vi y lo entendí; lo hice y lo aprendí». Después de lo que me sucedió hace unos años, entendí plenamente el significado de estas palabras.

Por entonces, hablo del año 2003, yo tenía un estudio de arquitectura e interiorismo, que todavía conservo, que se dedicaba a realizar promociones inmobiliarias, obras por encargo e interiorismo efímero. Era el momento de máximo auge del *boom* inmobiliario en España, así que me ganaba bien la vida. Combinaba pequeñas promociones de pisos con buenos encargos profesionales, de modo que las cosas me iban bien y disfrutaba con mi trabajo. Además, acababa de tener a mi primer hijo y el segundo estaba en camino. De alguna manera tenía la sensación de que mi vida se regía por factores conocidos que en su mayoría podía controlar.

Aquel mismo año 2003 surgió una oportunidad de aquellas que pocas veces aparecen en la vida: un solar precioso en el centro de Sabadell, la población barcelonesa en la que vivo. Allí construí el hogar de mis sueños: un piso amplio, con un

gran patio para los niños y todas las comodidades. Un piso, en definitiva, que de otra forma no habría podido comprar nunca y que gracias a aquella oportunidad pude tener y disfrutar.

Mi mujer, mis dos hijos pequeños (ya había nacido el segundo) y yo entramos a vivir en el flamante piso nuevo en octubre de 2005, después de dos años de obras. Estábamos nerviosos e ilusionados, como es lógico, así que las primeras noches no descansamos muy bien. No le dimos mayor importancia y pensamos que a todos nos hacía falta adaptarnos al nuevo espacio. Pero al cabo de unas semanas los niños seguían durmiendo mal, se levantaban varias veces por la noche, arrastraban el cansancio durante el día y se mostraban más alterados e irritables que antes del traslado. Lo mismo sucedía con mi mujer, que ni siquiera en las pocas noches que los niños estaban tranquilos conseguía descansar.

Pasamos así algunos meses, quizá cinco o seis, hasta que al final la situación se hizo insostenible. Mi mujer se levantaba cada día chafada y sin energía, más cansada incluso que cuando se iba a dormir. Así que llegó un momento en que no pudo más y empezó a buscar soluciones. Un día llegué a casa y me dijo:

—He hablado con mi madre. Me ha recomendado un geobiólogo.

—¿Un geoqué? —respondí al instante.

—Un geobiólogo. Un señor que mirará qué pasa con la casa —respondió mi mujer para simplificar y no tener que darme más explicaciones.

Nunca había oído hablar de aquella profesión, y eso que me dedicaba a la arquitectura, así que seguí preguntando:

—¿Y qué hace un geobiólogo?

—Pues al parecer mira si las casas tienen algún problema que impide descansar bien a los que viven en ellas.

—Esta casa no tiene ningún problema —repliqué, sacando el orgullo profesional.

—Bueno—dijo ella—, a lo mejor él detecta algo que nosotros no sabemos ver.

—¿Y qué tiene que detectar ese individuo?

—No lo sé exactamente, Pere —respondió mi mujer—. Mi madre me ha dicho que viene con un péndulo o unas varillas y mira si hay radiaciones naturales que afectan a las personas.

Me indigné:

—¿Un péndulo o unas varillas?! ¡Vaya, lo que me faltaba por oír!

Yo era por entonces una persona muy cartesiana, de las que buscan una explicación racional a todo y sólo creen en lo que se puede explicar científicamente. Además, conocía a mi suegra y sabía de su afición por lo que yo consideraba «cosas alternativas y un poco esotéricas». Por todo ello, al principio me mostré muy escéptico. Por fortuna, mi mujer era más abierta que yo. Y más pragmática, pues en definitiva estaba dispuesta a creer en cualquier cosa que funcionara, tuviera o no una explicación lógica. Así que al final vino aquel señor, y durante un rato se paseó por la casa con un péndulo colgando de una mano. Mientras recorría los dormitorios

asintió un par de veces, como confirmando sus sospechas, y cuando acabó el recorrido nos explicó que los niños y mi mujer estaban durmiendo sobre una corriente de agua y que aquello era lo que les impedía descansar bien.

Como digo, yo era por entonces muy escéptico, así que primero se me escapó una risita ladeada y luego lancé una mirada irónica al cielo. Pero lo peor vino luego, cuando mi mujer preguntó qué teníamos que hacer y él nos recomendó que cambiáramos las camas de sitio. Me indigné. ¿Tenía que cambiar un diseño interior que había hecho a medida, que había imaginado y plasmado con toda la dedicación y el amor del mundo, que había concebido para que resultara cómodo y funcional, a la vez que estéticamente atractivo, sólo porque un señor raro, que se había paseado con aires místicos por MI casa con un péndulo en una mano, me lo dijera? ¡Ni hablar! ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Me resistí con firmeza, pero mi mujer insistió con la misma firmeza. Al final lanzó un argumento-pregunta que no pude replicar:

—¿No estás dispuesto a probarlo ni siquiera por tus hijos?

Ahí tuve que aflojar, pues me tocó la fibra sensible. El prurito profesional es importante, pero el bienestar de los hijos está por encima de todo. Así que, al final, después de darle un par de vueltas, llegamos a un acuerdo. Por un lado cambiamos de lugar las camas de los niños, por si acaso. Por otro, y dado que yo no creía en el diagnóstico de aquel hombre, intercambiamos nuestros lugares en la cama, de modo que mi mujer empezó a dormir en el lado que hasta ese momento había ocupado yo, y yo, en el que había ocupado ella.

Lo habitual, ahora lo sé por experiencia, es que estos cambios tarden unos días en dar resultado, pero en el caso de los niños, que son especialmente sensibles y no tienen prejuicios, el efecto puede ser instantáneo. Así fue en aquella ocasión: mis hijos notaron el cambio la primera noche. Me quedé sorprendido, pero aun así mantuve que aquello era casual y que lo más probable era que los niños se hubieran empezado a acostumbrar a su nueva casa después de unos meses. Hasta que, pasadas unas cuantas noches, empecé a sufrir insomnio. Al principio lo atribuí al estrés del trabajo, a los nervios por los nuevos proyectos, a los cambios recientes, entre otros motivos. Busqué todas las excusas posibles, hasta que un día, agotado y harto de no dormir bien, cedí y decidí cambiar la cama de sitio. Estaba tan exhausto que no tenía fuerzas ni para mantener mi escepticismo.

Al principio nos limitamos a mover la cama hacia el armario, tal y como nos había indicado el geobiólogo, con lo cual en un lado apenas quedaba espacio para acceder a la cama y en el otro quedaba un espacio enorme prácticamente vacío. Era, desde un punto de vista funcional, una aberración, pero me convencí a mí mismo de que no perdía nada probándolo. Al fin y al cabo, pensé, las personas racionales también se fían del clásico método de prueba error, ¿no?

Fue entonces cuando empezó a tomar pleno sentido para mí la cita de Confucio, sobre todo esa parte que dice: «Lo hice y lo aprendí». Dicho de otra forma: todos empezamos a dormir bien. No había una explicación lógica desde mis parámetros de arquitecto, pero la realidad era incuestionable.

Así fue como aprendí por experiencia, mediante mis propios actos, que, para descansar bien y reponernos, las personas tenemos que dormir en determinadas circunstancias, circunstancias que no siempre coinciden con nuestras elecciones personales, estéticas y/o funcionales. En nuestro caso, la cama estaba en un lugar que yo jamás habría elegido (y allí sigue), pero dormíamos y descansábamos bien. Así que acepté la evidencia. Acepté que aquel hombre extraño del péndulo tenía razón. Y que, entre tener razón y tener salud, prefería lo segundo. Eso sí: me propuse averiguar cómo diablos funcionaba aquello, desvelar el misterio de las buenas y las malas ondas.

RECUERDA

Para descansar bien tenemos que dormir en determinadas circunstancias, que no siempre coinciden con nuestras elecciones personales, estéticas y/o funcionales: debemos situar la cama en un lugar libre de radiaciones naturales.



Cambios causales

Con el paso del tiempo me doy cuenta de que aquélla fue la mejor decisión de mi vida. No sólo por el hecho de que a partir de aquel momento empezamos a dormir todos bien y cambió el «clima» doméstico, sino porque a nivel íntimo empecé a experimentar un importante cambio de enfoque profesional y vital. Sin apenas darme cuenta empecé a abrirme a fenómenos extrasensoriales que hasta ese momento consideraba esotéricos, infundados y hasta ridículos. Y eso, junto con algunas decisiones que ahora veo como causales y no casuales, cambió mi vida en muchos sentidos. De hecho, fue el inicio de una reinención profesional que me ha llevado, entre otras cosas, a escribir este libro.

Lo que sucedió, en concreto, es que poco después, en el año 2006, decidí abandonar el negocio inmobiliario. Algunos amigos me dijeron que estaba loco al desaprovechar la oportunidad de ganar mucho dinero, pero yo sentía, si es que se puede decir así, que aquella etapa se había acabado y tenía que enfocarme en otra cosa. Decidí vender todos los solares edificables que tenía junto con otros socios y liquidar todas

las pólizas de crédito e hipotecas que me agobiaban. A pesar de eso, ganamos un buen dinero, pues en aquel momento todavía se pagaban precios desorbitados por un terreno. Tras eso, me centré en mi pequeño estudio de arquitectura. Curiosamente, al cabo de un año empezó a hablarse en España del que luego se convertiría en el famoso «estallido de la burbuja inmobiliaria», pero yo, gracias a que había hecho caso de mi intuición, ya no estaba en el negocio.

Sin saber cómo ni porqué, empecé a abrirme a la intuición, y desde entonces le he hecho caso a menudo. No sé decirte en qué consiste exactamente la intuición, pero sí puedo explicarte algunas cosas sobre geobiología y biohabitabilidad que pueden ayudarte a vivir mejor, es decir, a disfrutar de mayor salud y bienestar. Y es lo que voy a tratar de hacer en este libro. Déjame que te cuente antes cómo me introduje en este mundo, antaño ajeno a toda racionalidad y hoy cada vez más incorporado a la actividad profesional de arquitectos y médicos.

Como te decía, tras mi propia experiencia personal quise saber más de aquel misterioso fenómeno de las corrientes subterráneas que alteraban el sueño y la salud de las personas. Con el tiempo averigüé que esto es sólo una parte, aunque muy importante, de una ciencia compleja y poco conocida, la geobiología, pero por entonces lo único que quería era aprender algo nuevo que pudiera aplicar a mi trabajo de creación de espacios. Me puse en contacto con la persona que tenía más a mano: aquel señor mayor, místico y poco hablador que había visitado mi casa un tiempo atrás y nos había diagnosticado lo que él llamó una «geopatía». Pensé que si él se dedicaba

a ir a las casas y sugerir cambios que a veces implicaban reformas, no sólo podía aprender de él, sino que incluso podíamos colaborar profesionalmente.

Me costó unos tres meses fijar una cita, pues él siempre estaba muy ocupado. Hacía, y creo que aún hace, mil cosas, entre ellas acupuntura, homeopatía, etc. Cuando por fin nos encontramos en el pueblo del interior de la provincia de Barcelona en que reside, me explicó que su padre era zahorí, y que él se había dedicado desde pequeño a acompañarlo cuando iba con su péndulo a buscar pozos de agua. Con el tiempo aprendió el oficio del padre y desarrolló la sensibilidad imprescindible para ejercerlo, una sensibilidad que después empezó a aplicar a la detección de corrientes de agua subterráneas que impedían el descanso de las personas y que, en última instancia, provocaban que enfermaran. No tardamos en establecer un acuerdo de colaboración profesional, pero a mí seguía picándome la curiosidad, así que, cuando al final de la conversación me preguntó si me gustaría aprender más sobre el tema, no lo dudé y dije que sí.

—Pues mañana mismo empiezo un curso —me dijo—. Estás invitado a venir, si lo deseas.

Me pregunté si era casualidad o causalidad, como tantas otras cosas que me estaban sucediendo por entonces. En cualquier caso, dije que sí.

Aquel fin de semana se me abrieron las puertas a todo un mundo por explorar. Al mismo tiempo, fue el punto de partida de un proceso de reinención personal y profesional. Me encontré con personas normales y corrientes, como yo, que se

acercaban a aquel conocimiento ancestral, y a la vez renovado, porque también habían sufrido algún tipo de problema de salud, en carne propia o en la de sus seres más queridos, y que habían encontrado la solución de la mano de aquel hombre sereno que manejaba de forma misteriosa un péndulo como si fuera un minibotafumeiro. Con el tiempo supe también que los que utilizan el péndulo en lugar de las varillas metálicas (más adelante te hablaré de ellas) son personas que han desarrollado una sensibilidad especial. Pero en aquel momento mi primer objetivo era entender cómo funcionaba aquel mundo de ondas que de una forma mágica, en apariencia, conseguía detectar lugares alterados y potencialmente perjudiciales para las personas que vivían en ellos.

Durante los siguientes fines de semana (luego fueron muchos durante varios años) aprendí cómo se hacía un estudio de geobiología, y más tarde empecé a hacerlos yo mismo. Accedí a una gran cantidad de conocimientos, algunos ancestrales y otros actuales, sobre cómo nos afectan las radiaciones, y en especial sobre qué podemos hacer para impedir que nos perjudiquen. Fui descubriendo con asombro que aquello se me daba bien, y que tenía la sensibilidad necesaria para detectar vetas de agua subterráneas y fallas geológicas que, como te explicaré un poco más adelante, curiosamente parecían estar asociadas con enfermedades que sufrían o habían sufrido las personas que dormían sobre ellas.

Desde entonces he visitado infinidad de casas y lugares de trabajo y he constatado muchas veces esa asociación. He visto casos flagrantes y otros más sutiles, algunos obvios y

otros que rozan la cuestión de fe. He aprendido, y por fin aceptado, que algunos fenómenos naturales existen, y que no se pueden negar ni deben ser despreciados por el simple hecho de que no seamos capaces todavía de darles una explicación científica y según nuestros parámetros. Unos parámetros que además, no lo olvidemos, también van cambiando con el tiempo.

En cualquier caso, lo importante es que sigo sorprendiéndome con cada nuevo estudio y con cada nueva solución. Y que ahora, además de crear espacios confortables y bellos, como he tratado de hacer siempre, puedo ayudar de alguna forma a las personas a mejorar su descanso y su salud.

RECUERDA

Existen fenómenos que todavía no somos capaces de explicar científicamente, pero que no por ello son menos reales. La influencia de las corrientes subterráneas sobre la salud de las personas es uno de estos fenómenos. La práctica demuestra que dormir de manera continuada sobre una corriente de agua tiene efectos perjudiciales.
